

es los demás (y los necesita); 9) Al esquema anterior corresponde la existencia de un "Cuaderno Privado" — como la vida íntima de Francia— y una "Circular perpetua" que dicta el protagonista para todos y la posteridad; 10) El compilador tiene un doble poder: hundir al personaje histórico o salvarlo como "supremo personaje".

Se ha definido la retórica como un arte del "bien decir", pero esa especialización de la elocuencia nació para Occidente en Roma unida al no decir nada, tradición que fue enaltecida por el humanista cortesano —las más de las veces embajador— del Renacimiento. En el caso que nos ocupa, un manejo "elocuente" de la brillante idea de fondo —la dualidad como fundamento del barroco— se convierte en una retórica, "bien dicha", argumentación de cómo se puede expresar la dualidad sin tocar la obra estudiada y, por tanto, sin aportar elemento alguno de análisis de la misma.

OSCAR TORRES DUQUE

La cosa infantil

Aviador Santiago

Jairo Aníbal Niño

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1990,
136 págs.

Jairo Aníbal Niño (1941) publica un nuevo libro que lleva por título *Aviador Santiago*. Como los anteriores (*Zoro*, *La alegría de querer*, *De las alas caracolí*), este libro es para niños o, como los editores y el mismo autor prefieren clasificarlo, se inscribe en el campo de la literatura infantil.

El libro narra una aventura en la que suceden mil cosas a dos niños que lo único que quieren es volar. Cómo conseguir tal propósito, es lo que llamaríamos el fin último que se propone el autor para con sus lectores, los niños. Hay una frase que se repite y que demuestra con mayor

claridad lo que pretendo decir: "Las alas no se buscan, se encuentran".

De esta manera el sentido de volar, como es fácil suponer, no es literal. El libro se plantea como una posibilidad que escapa de lo literal para ir en busca del aventurero, del niño que quiere mostrarse en este libro para aprender a volar.

Al comienzo el autor habla de los aviones, que fascinan a Santiago, el personaje principal, para no perder de vista un hecho que puede derrumbar la fantasía: los aviones son los únicos que en la vida moderna hacen que la gente vuele, literalmente.

Con el recurso de superponer escenas, cuadros, figuras que aparecen de la nada, imágenes —algunas solamente verbales—, el narrador va creando un mundo de fantasía donde todo puede ocurrir: Cuarto Bate, el gato, habla y dirige la excursión mientras que una tortuga vuela sobre los excursionistas, como la nube de fuego que siguió al pueblo de Israel por el desierto. En el relato abundan las instancias de este tipo que resultan un tanto inverosímiles y hacen pensar en lugares comunes.

Finalmente, después de muchos encuentros con personajes que dialogan o se multiplican indefinidamente, los chicos logran volar y salvarse a tiempo de los peligros que sus sueños les acarrearán.

Jairo Aníbal Niño pone de manifiesto en este libro su capacidad para narrar esta aventura, que si es obvia por su fin, no lo es tanto por la manera de llegar a él. Además los libros de "literatura infantil" —está demostrado— son su especialidad.

Para dar un juicio de valor sobre este libro (y sobre la literatura infantil) quizá lo más indicado sea un estudio a la manera de los teóricos de la "estética de la recepción"; es decir, un estudio que basara sus conclusiones en los resultados que obtuviera al recoger las impresiones de los lectores, que en este caso son los niños.

Sin pasar por alto el hecho de que no son ellos los que eligen los libros de "literatura infantil" sino que hay de por medio el adulto que compra el libro y que, por supuesto, lo escoge. Las mejores opiniones sobre este tipo de libros que ha oído quien escribe

esta reseña, provienen en su mayoría de adultos.

Vale la pena aclarar que un "estudio de lectores" es sólo una idea y no expresa el contenido cabal de la "teoría de la recepción"; cuyo interés principal se dirige a las grandes obras de arte y a la razón de su supervivencia a través del tiempo histórico. Solo se propone una metodología similar para entender el efecto de un libro como el que reseñamos en el público al que está dirigido.



¿Qué decir si un niño no lee *Aviador Santiago*, porque no le gusta, pero va en la página 400 de *El conde de Montecristo* de Alejandro Dumas? La pregunta deja ver que la "literatura infantil", aunque esté dirigida a los niños, no basta para ser la lectura de los niños. Al niño lector hay que tenerlo en cuenta de igual manera que a aquellos a los que hay que inculcarles la lectura. La lectura, en todos los casos, como un acto de imaginación. Las obras para niños en este momento ocupan un lugar importante en el mercado editorial colombiano¹.

¹ La Asociación Colombiana del Libro Infantil y Juvenil (Aclij) es una entidad que divulga y brinda todo tipo de información sobre los libros para niños que se publican en este momento en Colombia.



La llamada "literatura infantil", si es diferente y aspira a la obra de arte, necesita una revisión crítica de sus premisas, de esos elementos que la hacen distinta.

Los niños también son individualidades y no se les puede cristalizar en una visión que no incluya los casos particulares, que los ve a todos como a lectores de lo mismo.

El vicio de la lectura muerde a cualquier edad, y en los niños no necesita de manera especial que sea provocada por ciertos libros más accesibles. Los niños que leen lo hacen en diversos libros.

La "literatura infantil" aparece como una escritura dirigida a un público concreto: ¿a los niños en general?, ¿a los que necesitan divertirse y desarrollar la imaginación?, ¿o a los que quieren conocer la libertad que se conoce en la literatura?... y es posible formular muchas preguntas que pueden propiciar una discusión seria o que simplemente se desprenden de una denominación tan ambigua y poco vigorosa como la de "literatura infantil".

MARIO DUARTE DE LA TORRE

Un epistolario clásico

Epistolario de Rufino José Cuervo con correspondientes españoles

Presentación y notas de Carlos E. Mesa, C.M.F. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1989, 712 págs.

El género epistolar no es precisamente un género científico o técnico,

pero la erudición se reconoce en él como se reconocería en una conversación familiar o en una cátedra universitaria cuando es un erudito quien habla. Esta impresión general de la lectura coincide con la tipología definida en este escolio de Nicolás Gómez Dávila: "La erudición no consiste en aducir infinitud de referencias, sino en obligar al lector a sentir que podríamos hacerlo". La importancia de este epistolario es, pues, ese sabor de comienzo o colofón de una inauditamente ardua actividad de erudición, y no sólo la de un hombre sino la de un grupo de hombres escogidos. Aquí lo inauditamente arduo pareciera contradecirse con la misma actividad epistolar, porque, en el caso de los más destacados correspondientes españoles de Cuervo, y del filólogo bogotano también, su dedicación supone la falta de tiempo para esa gabela, ese impuesto recíproco, que es la correspondencia. Es notorio en este epistolario que tanto Cuervo como sus más dilectos pares escriben a vuela pluma entre una lectura y un apunte, entre una parrafada y una hojeada. Lo curioso es que ello no obsta para que sus cartas se extiendan relativamente sobre temas que proyectan su actividad y establezcan un diálogo-trabajo-amistad en el interior de ese conjunto cerrado, cerradísimo, que hemos llamado erudición. Epistolario erudito.

Podría pensarse, entonces, que un trabajo de esta índole, que reúne escritos de una modalidad contrarreloj, carece por completo de profundidad de pensamiento e, incluso, de una sávida prosa, que por sí solas

podrían hacer valiosa una obra para algún tipo de lector. Sin embargo, no es así, si bien algunas —y no pocas— de las cartas no lo corroboran. Hay pensamiento, que por extensión podemos llamar gramatical —en esas cartas-continuación de obra— y hay agradable prosa, lograda, en muchos, a fuerza de excederse en rigor gramatical y lectura avisada de los "clásicos". Pero, no obstante las comillas, que sientan aquí mis escrúpulos sobre esa designación que, en todo caso, me parece central en este comentario, esa doble virtud de algunas de las cartas de los principales correspondientes españoles de Cuervo —a quienes menciono más adelante— constituye un valor superior, que es unidad estética y genérica: la erudición.

Erudición y lectura de los "clásicos", he ahí una llave tradicionalmente constituida para un tipo de intelectual también tradicional, llamémoslo humanista —y no académico— (del cual el nadaísmo creyó que había demasiados representantes en nuestro país, pero yo sólo conozco dos auténticos y ya están citados en esta nota). El humanista erudito, a despecho del auténtico humanista del siglo XVI —no renacentista—, no es necesariamente un crítico, y en el caso de Cuervo y sus pares, esto es, en el caso del filólogo, no lo es porque parte del respeto por la tradición —concebida como un todo de pasado lejano— que es de donde mana su sentido de autoridad. Y porque tiene autoridad, el filólogo fiel se convierte en lo que admira y aprehende —emula—, es decir, en un clásico. Eso es Cuervo para nosotros, un clásico, si bien en un campo menos agradecido —digamos, menos histórico— que el literario (ahora bien, quién querrá cogernos esta propuesta: para volver a una crítica literaria clásica —siempre eficaz y verdadera—: regresar a la filología). En el epistolario de Cuervo hallamos esas puntadas que nos *obligan a sentir* que podríamos ampliar el marco de referencias infinitamente: citas bibliográficas, multilingüismo, innumerables nombres propios de contemporáneos y predecesores (en este punto son básicas las notas de pie de página que